

Enrique Faes Díaz, *Demetrio Carceller (1894-1968): Vida y negocios de un empresario en el Gobierno*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2020, 352 pp.

«Demetrio Carceller Segura nació con lo puesto en una aldea de agricultores y murió lejos de allí, 73 años después, siendo millonario». Así comienza Enrique Faes su último libro. Inicio que refuerza una idea presente en su título *-Demetrio Carceller (1894-1968). Un empresario en el gobierno-*, con el que Faes marca ya el campo en el que se desenvuelve. Durante una década –de 1936 a 1945–, Carceller asumió responsabilidades políticas de primer orden. Fue una década crucial en la historia española, pero una etapa relativamente corta en la vida de quien, por encima de todo, fue un hombre de negocios que llegó al gobierno gracias a sus éxitos como empresario y, por supuesto, al respaldo que prestó a la sublevación franquista.

Biografía, negocios y política aparecen por lo tanto aquí unidos como en casi toda la obra de Enrique Faes, cuya firma a estas alturas ya es garantía de solvencia. No en vano, en la última década ha recorrido nuestra historia contemporánea tomando como hilo conductor la biografía empresarial. Un arco cronológico que comienza en la revolución liberal con *Banqueros románticos catalanes* (Marcial Pons, 2017), donde aborda la vida de cuatro hombres de negocios que contribuyeron a sentar las bases del capitalismo español al comenzar el siglo XIX; que continúa con *Claudio López Bru, Marqués de Comillas* (Marcial Pons, 2009), su primera monografía, y que prosigue con Manuel Rico Avello, a cuya actividad en la patronal minera asturiana dedicó un capítulo en el libro coordinado por Juan Pan Montojo *El Sueño Republicano De Manuel Rico Avello. 1886-1936* (Biblioteca Nueva, 2013). Un arco que cierra, por el momento, Demetrio Carceller, quien dio sus primeros pasos en la industria petrolera española hacia 1925, año en que falleció Comillas.

Gracias a esta trayectoria profesional, a su especialización en el tema, Faes identifica las trampas que acechan al biógrafo, enumeradas con claridad en una introducción que, más desarrollada, podría derivar en un buen artículo sobre la naturaleza del género. Cita entre ellas la dispersión narrativa, el peligro de que el trabajo se desparrame hacia múltiples vías secundarias que abrumen al lector y oculten al personaje, pues si bien es cierto que la biografía como gé-

nero historiográfico debe contribuir a explicar un periodo o proceso histórico, no conviene perder de vista que el eje central ha de ser el biografiado, que a veces puede acabar enterrado por una avalancha de datos complementarios.

Otro riesgo, sobre todo en campos historiográficos muy polarizados, como el español en lo que respecta a los años centrales del siglo XX, es la autoimposición de la equidistancia, la auto-censura para evitar caer en la enemiga de las facciones en liza. Faes es aquí claro y contundente: «si uno sigue el mandato de interpretar los papeles disponibles se irá escorando necesariamente hacia uno u otro lado, y el resultado final será otra cosa, pero no un término medio que, además de inverosímil, resulta difícil de fijar».

Tentadora es también, observa, «la seducción del relato perfecto», la «ilusión biográfica» contra la que alertaba Pierre Bourdieu, la búsqueda –con frecuencia inconsciente– de una coherencia en los actos del biografiado a lo largo de su vida, pretensión falaz a la vez que imposible dada la abundancia de lagunas entre las fuentes y de «pasajes imposibles de explicar». Quizás el instante más peligroso de toda construcción biográfica llegue cuando el autor cree haber alcanzado su objetivo, comprendido al personaje, y ajusta todos sus actos a un patrón que él mismo ha construido. Frente a esta ilusión, Enrique Faes propone asumir la «sofocante complejidad» del comportamiento humano y aboga por «hurgar en las contradicciones» del biografiado.

Tanto más preocupante es el «síndrome de Estocolmo», el riesgo de que el personaje se cuestre al biógrafo, le fascine, le atrape y se sienta en deuda con él. Corre entonces el peligro de justificar sus actos a toda costa. Una trampa terrible pues biógrafo y biografiado conviven íntimamente durante años, la simpatía puede crecer de forma imperceptible y cuando el autor caiga en la cuenta quizás ya sea tarde. Por último, en el otro extremo, quizás el biógrafo quiera erigirse en juez del biografiado y sentenciar sus actos. O, por el contrario, asumir como propios los juicios emitidos por coetáneos, esos «pedacitos de espejo roto» donde el personaje «se ve reflejado en las miradas de otros».

Armado de este bagaje, Enrique Faes se lanza a la búsqueda de Carceller. Un empeño difícil pues se trata de un hombre escurridizo, que con frecuencia buscó rehuir el primer plano prefiriendo «influir desde zonas de penumbra, menos comprometidas y casi siempre más rentables», que salvo papeles dispersos no dejó archivo privado y que tampoco escribió unas memorias. La falta de archivo propio podría parecer un obstáculo. Tengo la impresión, sin embargo, de que en este caso es un acicate que ha obligado a seguir la pista del sujeto por medio planeta: calcula el autor que se halla en deuda con medio centenar de archiveros que le auxiliaron desde la treintena de archivos consultados en España, Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Argentina... Esa es, sin duda, una de las riquezas del libro.

Pero Faes no solo ha recopilado fuentes. Consciente de que nunca son imparciales ni objetivas, analiza, desmenuza cada una de ellas. Busca testimonios contradictorios sobre un personaje controvertido, preguntándose quién es el autor de cada uno, qué lugar ocupa en el juego político o empresarial de la época, con qué intención consignó sus opiniones, a quién iban dirigidas... Un desmontaje exhaustivo, necesario para no caer en las garras de detractores interesados, como Juan March, competidor de Carceller en los negocios, o de publicistas vinculados al personaje, como Josep Pla, cuyo testimonio ha servido con frecuencia para reconstruir la trayectoria de Carceller, y cuya esposa –Adi Emberg– era secretaria de dirección en CEPESA,

buque insignia de su entramado de negocios. Tal lectura crítica de las fuentes, reconoce Faes, a veces deja como única certeza la carencia de certezas.

Consta el libro de 12 capítulos, aunque cabría dividirlos en tres partes. La primera aborda la vida de Carceller desde su nacimiento en una familia de inmigrantes en Cataluña hasta la guerra civil, cuando ya es millonario gracias al negocio petrolero. Su historia demuestra cómo la sociedad española del primer tercio del siglo XX permitía cierta movilidad social. Carceller es hijo del bedel de la Escuela de Industria de Terrassa, que consiguió una beca para que estudiase allí el niño. Gracias a estos orígenes humildes siempre alardeó de ser un *self made man*, expresión que utilizaba con frecuencia, un hombre hecho a sí mismo como los grandes millonarios norteamericanos con los que le gustaba compararse.

La temprana orientación de los estudios condicionó su vocación por la ingeniería. En 1915 obtuvo el título de ingeniero textil, si bien se inclinó por la ingeniería del petróleo, profesión entonces nueva y en alza. Sus primeros años en el negocio petrolero son los de un técnico especializado. Empezó como ayudante en el laboratorio de la refinería Sabadell y Henry, S.A., en Cornellá de Llobregat, cuyo equipo técnico encabezaba en 1921. De allí dio el salto a la Compañía Arrendataria del Monopolio de Petróleos, SA (CAMPSA) poco después de su fundación en 1927, como primer ejecutivo del área técnica. En Cornellá, Carceller conformó un equipo de colaboradores que le acompañó toda su vida. También comprendió allí que la industria del petróleo, donde se entremezclaban lo público y lo privado, podía ser muy lucrativa para alguien con olfato para los negocios.

Y, desde luego, no le faltaba olfato. Ni ambiciones. Faes traza un retrato claro y preciso. Carceller es un hombre «pragmático», un negociador correoso, duro y pícaro a la vez, que combina el talento para regatear hasta el último céntimo con el empeño en invertir cuanto fuera preciso para modernizar sus empresas: al comenzar los años treinta tenía comunicación directa con Londres o Nueva York desde su despacho y no dudaba en contratar detectives para espiar a sus socios o competidores. Es un tiburón financiero al que temían sus enemigos, pero que cuidaba de sus leales. «Un seguidor», «un oportunista». Un tipo «escurridizo». Nadie está nunca muy seguro de «cuál puede ser su propósito real», observó durante la guerra mundial un funcionario del *Foreign Office*, máxima que podría aplicarse a cualquier etapa de su carrera.

El salto desde los laboratorios a la dirección empresarial llegó en 1929, cuando viajó a América con un grupo de especialistas comisionados por José Calvo Sotelo, ministro de Hacienda, con el fin de conseguir petróleo en crudo para que CAMPSA lo refinase y distribuyera. «Las sombras en torno a Carceller se multiplicarán en esta operación», explica Enrique Faes, pues logró un contrato por los derechos de explotación sobre varios pozos en Venezuela, propiedad de la petrolera americana Falcon Oil... pero no lo cerró CAMPSA, sino CEPSA (Compañía Española de Petróleos, SA), grupo privado fundado aquel mismo año y liderado por la familia de banqueros Recasens, del que Carceller adquirió entonces un lote de acciones, cuya dirección gerente ocuparía en 1930 y que en breve se convertiría en el eje de su entramado empresarial.

Conviene detenerse en este episodio porque hay aquí un patrón que se repetirá a lo largo de su vida, y de todo el libro: rumores, sospechas, sombras en torno a la legalidad de sus negocios... y escasas pruebas. Faes recopila todos los testimonios acerca de la expedición, las habladurías sobre el doble juego que habría desempeñado. Pero nada en la documentación es concluyente

y eso nos deja «condenados –sostiene– a construir meras suposiciones razonables». En este y en otros casos ocurre con Carceller lo mismo que con Mackie *el navaja*, el criminal creado por Bertold Brecht para la *Ópera de tres peniques*, a quien se atribuyen con fundadas sospechas numerosos asesinatos que nadie puede probar.

CEPSA construyó en 1930 una refinería en Tenerife para operar en las Canarias, que permanecían fuera del ámbito del monopolio de petróleos y desde allí extendió su mercado hacia Marruecos, Guinea y Portugal. Precisamente porque las islas quedaron al margen del monopolio de petróleos y estaban abiertas a la competencia extranjera, CEPSA recibió el respaldo de los sucesivos gobiernos para ocupar allí una posición dominante, desplazando a Shell y otras competidoras foráneas, contribuyendo así al ideal nacionalista de reservar el mercado español para empresas españolas. En 1933, Carceller y sus socios fundaron la Distribuidora Industrial Sociedad Anónima (DISA), centrada en el comercio de gasolina por las Canarias. Poco después tomaron el control de Atlas, la empresa que distribuía gasolina en el Marruecos español. A estas alturas, había ganado una importante fortuna y tenía valiosos contactos internacionales: en 1931, un banquero norteamericano de paso por Madrid declaró a un periodista que quizás en América se le conociera mejor que en España.

La guerra civil abre paso al segundo bloque del libro, que abarca la década durante la que figuró en la primera línea política. En agosto de 1936 pasó a la zona franquista y en breve se incorporó como vocal a la Comisión de Industria y Comercio de la Junta de Defensa Nacional y a la posterior Junta Técnica del Estado, donde sus contactos internacionales contribuyeron a garantizar el suministro americano de petróleo para el ejército franquista. Acabada la guerra, protagonizó un ascenso fulgurante en el escalafón de la Falange. En pocos meses pasó de ser delegado en su segundo Consejo Nacional, a ostentar uno de los siete puestos en su Junta Política, dirigir la sección de política social en la Delegación Nacional de Sindicatos y a ocupar la Jefatura Provincial del partido en Barcelona.

El análisis de los vínculos entre Carceller y la Falange constituye una de las partes cruciales del libro. Faes navega entre la escasez de fuentes fiables, la proliferación de rumores y testimonios de distinto signo y las interpretaciones historiográficas consolidadas desde hace décadas ¿Era Carceller un falangista de pro? Las noticias que apuntalaban esta idea abundaron en la prensa a finales de 1939 y comienzos de 1940, al tiempo que Josep Pla difundía una historia: el mismo José Antonio le reveló en una ocasión que propuso a Carceller dirigir la Falange y que éste se negó. «Carceller es un falangista cien por cien», remacharía Pla en 1940 y el periodista Ramón Garriga recuerda que por entonces se lo presentaron como «el cerebro económico de la Falange». De todo esto, por ejemplo, Stanley Payne coligió que era un camisa vieja, interpretación que se incorporó al acervo historiográfico.

Pero este estereotipo de un militante de primera hora, de un ideólogo o un fanático, apenas encaja con su trayectoria previa y posterior: no es inocente que «Falange como plataforma» sea el título del capítulo que Faes dedica a esta etapa. Como probablemente tampoco fue casual en su momento la súbita y ubicua aparición en la prensa de este pedigrí falangista, que legitimaba el ascenso político de Carceller y le señalaba como alguien bien ponderado «en las altas esferas». No renunció a vestir los corrajes, pero otros testimonios, como el de Rufino Beltrán, subsecretario con él en el gobierno, dudan sobre esta condición de falangista puro y recuerdan que en aquella época todo aquel que deseaba obtener algo del régimen se unía a la Falange,

el partido único. Carceller, concluye Faes, estaba más cerca del autoritarismo de Franco que del proyecto social falangista: si alguna vez Carceller «fue cerebro económico de algo –remata parafraseando a Garriga–, lo fue en primer lugar de sí mismo».

Su carrera alcanzó el culmen en octubre de 1940, al acceder a la cartera de Industria y Comercio, que ocupó durante toda la guerra mundial. Aquel era el ministerio de la empresa, del comercio, de los negocios, y Carceller se aprestó a dirigirlo tal y como había hecho con sus propias empresas. Y aquí es donde se comprueba cuán relevante es la apuesta de Faes por reconstruir toda su trayectoria vital, sus modos de actuar como empresario, porque las mismas estrategias que empleó para labrar su fortuna serán las que aplique en el desempeño de un cargo cuyo margen de acción estaba constreñido a un estrecho desfiladero: el mínimo espacio existente entre los intereses de los aliados y del Tercer Reich. Durante un lustro desplegó su mejor repertorio de negociador trapacero, habituado al engaño y al regate corto. Al tratar con ingleses, norteamericanos o alemanes modulaba «su discurso a medida de su interlocutor y de sus propias pretensiones, jugando con los silencios y las verdades a medias», negociando «a la vez con ambos bandos», alternando «la firmeza hasta donde fuera posible y el doble juego hasta donde resultara tolerable», «con soluciones jurídicas *ad hoc* que no dejaban de estar en los márgenes del sistema».

Dos ejemplos. En 1941 despacha cargamentos de mercurio hacia el Reino Unido a espaldas de los alemanes. Y el episodio quizás más conocido: en 1943, ante las amenazas anglo norteamericanas, renuncia oficialmente a proveer de wolframio al Tercer Reich... pero sigue enviándolo a Alemania de matute, componiendo la gráfica imagen de un Estado contrabandista. El caso del wolframio ha hecho que Carceller se percibido como un germanófilo, pero quizás los americanos le calaran bien al entender que su vínculo con Estados Unidos en torno al petróleo era sólido y que el personaje encajaba demasiado «en el canon de *bussiness man* como para llegar a considerarlo nunca un enemigo».

En cualquier caso, sus tácticas eran cortoplacistas, eficaces para el día a día, y se saldaron con éxitos importantes como el suministro de trigo procedente de Argentina. Pero en el contexto aislacionista e intervencionista de la autarquía, y del endeudamiento del régimen con la Alemania nazi por los préstamos durante la guerra, esta política de vuelo corto no consiguió que el país se beneficiara de la neutralidad como había ocurrido durante la Gran Guerra. Sí prosperaron durante aquellos años los negocios de Carceller: como observaba un informe británico en 1946, desde que fue nombrado ministro «aumentó su fortuna tan rápida y copiosamente que se convirtió en uno de los hombres más ricos de Europa».

Su carrera política prácticamente concluye en julio de 1945, tras el cese en el Ministerio. Durante tiempo fue procurador en Cortes, actuó de un modo oficioso como enlace económico con los Estados Unidos... pero políticamente ya estaba amortizado. Desde 1947 se volcó de nuevo en los negocios y si bien el eje de su fortuna siguió radicando en el petróleo, apostó por diversificar sus inversiones hacia los sectores inmobiliario, turístico, periodístico, bancario, eléctrico, hacia el aluminio, los refrescos o la cerveza. Falleció en 1968, a los setenta y tres años.

En definitiva, *Demetrio Carceller (1894-1968)* es una investigación importante, que ayuda a comprender mejor la historia económica, empresarial y política española en la primera mitad del siglo XX. Faes, además, realiza un perspicaz estudio psicológico del personaje y domina el entorno en el que se mueve. Por si fuera poco, el libro está muy bien escrito, desde la convic-

ción de que la investigación histórica y el buen hacer literario no tienen por qué estar reñidos
¿Alguien da más?

Miguel Martorell Linares
(UNED)